

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

La epistemología weberiana.

Rubén Dri.

Cita:

Rubén Dri (2004). *La epistemología weberiana. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/328>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La epistemología weberiana

Rubén Dri

El problema epistemológico y metodológico se plantea con fuerza cuando determinada formación social entra en crisis y se hace presente la necesidad de transformarla. Es así como la crisis del feudalismo y el empuje de la burguesía lo ponen a la orden del día. Del siglo XVII al XIX la discusión epistemológica y metodológica no cesa de plantearse.

En el siglo XVII se presentan dos corrientes epistemológicas, ambas enfrentadas a la teología medieval, el racionalismo cartesiano, por una parte, y el empirismo inglés, por otra, de acuerdo a que se sostenga la razón o los sentidos como fuente única o privilegiada de conocimiento. Esta problemática culmina en Alemania, desde fines del siglo XVIII con Kant, prolongándose en las tres primeras décadas del siglo XIX.

El problema es que Alemania, como es de sobra conocido presenta un problema especial en la medida en que la revolución burguesa o moderna se encuentra atrasada en lo que respecta a la conformación del Estado moderno. Alemania hasta 1807 siguió siendo el Sacro Imperio romano germánico que ya no era otra cosa que una suma de Estados regionales gobernados por príncipes, la mayoría de los cuales seguían ejerciendo un poder autocrático, de estilo feudal.

La guerra de los Treinta Años –1618-1648- terminó con el tratado de Westfalia, de consecuencias desastrosas para Alemania, por cuanto quedó dividida en más de trescientos Estados. Mientras tanto las burguesías de Holanda, Inglaterra y Francia, culminaban sus procesos revolucionarios, estableciendo Estados modernos.

De esa manera, el siglo XVIII culminaba con un retraso de Alemania que sólo se pudo solucionar e a fines del siglo XIX.

Efectivamente, en 1871, Alemania puede unificar el mosaico de Estados en un solo Estado, con hegemonía prusiana. Pero lo característico de esta revolución fue que se realizó desde arriba, por obra de un líder, Otto Bismarck, de modo que se trata de una revolución burguesa sin el liderazgo de la clase correspondiente. Éste será el problema central que Max Weber enfrentará. Pero antes de adentrarnos en él, es conveniente considerar la fuente principal en la que abrevó Max Weber para elaborar su concepción. Nos referimos a la epistemología kantiana.

1.- La epistemología kantiana

El pensamiento filosófico alemán abrevó en dos concepciones epistemológicas, la kantiana y la hegeliana. Constituyen dos fuentes enfrentadas, que reconocen una cantidad de entrecruzamientos. No se pueden estudiar las concepciones de Marx, Max Weber, Lukács, Escuela de Frankfurt, Heidegger, Apel, Habermas, sin tenerlo en cuenta, pues el entrecruzamiento es continuo, pero generalmente con la hegemonía de una de las dos vertientes.

La epistemología weberiana reconoce a la epistemología kantiana como su fuente, de manera que es fundamental partir de dicha epistemología. Kant, como él mismo lo afirma, pertenecía a la corriente racionalista. Fue Hume, sobre todo con la crítica a las categorías de sustancia y causalidad quien le hace entrar en crisis. Según su propia expresión, “lo despertó del sueño dogmático”.

Su concepción epistemológica constituye un esfuerzo titánico por superar la dicotomía entre el racionalismo y el empirismo. Parte de la aceptación de las matemá-

ticas y la física como ciencias, es decir, como conocimientos verdaderos, o como modelos de conocimiento. Se pregunta cómo se constituyeron esas ciencias, para, desde allí, averiguar si la metafísica puede serlo.

Parte de la concepción del sujeto de conocimiento o sujeto trascendental dotado de tres facultades, la sensibilidad, el entendimiento y la razón. Cada una de estas facultades está dotada de determinadas estructuras a priori, es decir, independientes de toda experiencia. Son las formas a priori del espacio y el tiempo de la sensibilidad, las categorías del entendimiento y las ideas de la razón.

De un lado está, pues, el sujeto dotado de las estructuras a priori y, del otro, el mundo externo, que, antes de ser conocido por el sujeto no es propiamente mundo sino caos que afecta de distintas maneras a la sensibilidad, la cual procede a realizar un primer ordenamiento. Éste consiste en ubicar todo lo que penetra a través de la sensibilidad en el espacio y en el tiempo. De esa manera se realiza la primera etapa del conocimiento, la formación del *fenómeno*.

El fenómeno, pues, o sea, lo que realmente conocemos es una producción del sujeto con el material, digamos así que penetra desde el exterior. Detrás del fenómeno, de esa producción de la sensibilidad hay algo que no ha penetrado, que queda desconocido. Es la *cosa en sí –Ding an sich-* que vendría a ser lo que en la tradición aristotélica se llamó siempre esencia. Esa cosa en sí no se conoce, pero debe suponerse como existente.

El fenómeno, formado mediante la ordenación en el espacio y el tiempo que realiza la sensibilidad, de las sensaciones que viene de fuera, es, ahora subsumido por las categorías del entendimiento y, de esa manera, se forma el *objeto* de conocimiento.

Así como la sensibilidad es la capacidad de ser afectado por los impulsos que vienen de fuera, el entendimiento es la capacidad de producir representaciones, de, como dice Kant, “enlazar a priori”, enlazamiento mediante el cual se produce el objeto de conocimiento. Constituye éste “el principio más elevado del conocimiento humano”.

Como se sabe, las categorías son las predicaciones del ser. Ello significa que mediante ellas se expresa todo lo que se puede predicar o afirmar del ser. Fue Aristóteles el primero en formular su definición y hacer una enumeración de las mismas, enumeración que Kant califica de “rapsódica”, en la medida en que es sacada directamente de la experiencia, sin un hilo conductor. Efectivamente, Aristóteles cita como categorías la sustancia, el cómo, el cuanto, etc.

Kant, que considera el juicio como el momento culminante del conocimiento, toma como guía para la enumeración de las categorías a las diversas clases de juicio que habían sido determinados por la lógica formal. Así, distingue las categorías en categorías de cantidad, de cualidad, de relación y de modalidad. De entre todas esas categorías le interesan particularmente la causalidad y la sustancia, pertenecientes a las categorías de relación, pues eran las que Hume había criticado como inexistentes, o como simples hábitos del sujeto, sin ningún correlato objetivo.

De manera que el objeto de conocimiento es una construcción que realiza el sujeto, combinando lo que viene de fuera, o sea, las sensaciones, que primero se transforma en fenómeno ubicado en espacio y tiempo, y luego, en objeto, subsumido por las categorías. El fenómeno, de esa manera, es una sustancia, obedece a la causalidad, es uno o múltiple, etc.

Hasta allí llega el conocimiento. Pero el sujeto, por encima del entendimiento tiene la razón, facultad que también tiene sus formas a priori. Éstas son, el mundo, el alma o yo y Dios. El problema es que estas formas no tienen contenido en la medida en que éste no puede penetrar, dado que la única vía de acceso es la sensibilidad. Kant buscará otra vía para llegar a ese ámbito, al que no puede arribar por vía teórica o de conocimiento. Esa vía, como es sabido, es la vía moral, propia de la razón práctica.

El ser humano, para Kant, es un ser esencialmente moral. Éste es un a priori que se expresa mediante el imperativo categórico, una de cuyas formulaciones dice así: “Obra de tal manera que la máxima de tu voluntad puedas querer que se transforme en ley universal”, lo cual significa que debes obrar siempre de manera perfecta. La ley es objetiva, rige siempre y se cumple sí o sí, en la medida en que es a priori. La máxima, por el contrario, es subjetiva. Es la aplicación de la ley al caso particular que realiza el sujeto.

La máxima le otorga contenido a la ley, la cual, como todo a priori no tiene contenido. Éste siempre viene de lo empírico. Ahora bien, si existe la ley moral como a priori, ello implica que necesariamente debo admitir que soy libre, o sea, debo admitir la libertad como un *postulado*. Como por otra parte, el imperativo categórico es a priori, necesariamente se cumple, se realiza, pero, como es imposible realizarlo en el tiempo debo admitir que soy eterno, o que el alma o el yo es inmortal. Dios, por otra parte, debe ser admitido como “bien supremo”, en la medida en que sólo de esa manera se pueden unir la moral y la felicidad, que son dos realidades heterogéneas.

2.- El mundo escindido

De esta manera el mundo queda escindido en dos ámbitos epistemológicos, uno dominado por la ley de la causalidad y el otro, por lo que podría denominarse la ley de la libertad. Por una parte tenemos el ámbito del fenómeno o del objeto de conocimiento, y por otro, el del *noúmeno*, ámbito de la libertad.

Entre fenómeno y noúmeno no hay comunicación. No hay paso del entendimiento a la razón. El contenido no tiene manera de pasar de las categorías a las ideas. Éstas, teóricamente, o en el nivel del conocimiento no son nada, no tienen contenido. Kant es perfectamente consciente de ello, por lo cual se vio obligado a escribir una tercera crítica, la *Crítica de la facultad de juzgar*, mediante la cual pretende trazar un puente entre los ámbitos escindidos.

El ámbito del fenómeno es el ámbito de las ciencias, regido por el principio de causalidad. Éste rige en la naturaleza. Las ciencias son ciencias de la naturaleza o ciencias naturales. Basándose en el principio de causalidad, sólo se acepta aquello que se puede demostrar. Éste es el ámbito de la racionalidad. La racionalidad es “científica”.

El ámbito del noúmeno es el ámbito del espíritu o de la historia, donde rige el principio de libertad. Es el ámbito en el que surgen las denominadas ciencias del espíritu. En lugar de las demostraciones aquí reinan los postulados y desde el otro ámbito se lo considera como ámbito de la irracionalidad.

En base a esta epistemología, Wilhem Dilthey, ubicado en la línea historicista, dividirá las ciencias en “ciencias de la naturaleza” y “ciencias del espíritu”. Las primeras estudian el *Umwelt*, lo que me circunda, la realidad externa al sujeto y emplea como instrumentos fundamentales el concepto y la explicación. Las “ciencias

del espíritu”, por el contrario estudian el *Mitwelt*, el mundo que está dentro, lo que está dentro mío. Sus instrumentos fundamentales son la vivencia y la comprensión.

La epistemología diltheyana parte de la escisión epistemológica kantiana, pero no es un kantiano. Esto aparece con claridad en la manera de establecer los ámbitos. Efectivamente, éstos se establecen a partir el objeto y no del sujeto. Se trata de dos objetos distintos, que le plantean al sujeto dos maneras diferentes de enfrentarlos. Un verdadero kantiano establecería ambos ámbitos como dos maneras diferentes de encarar el conocimiento por parte del sujeto.

Es lo que efectivamente han hecho los neokantianos. Efectivamente, W. Windelband divide las ciencias en *nomotética* e *ideográficas*. Las primeras consisten en la búsqueda de leyes, de allí la denominación: *nómos* significa ley, y *tética*, del verbo *títhemi*, significa posición. Es la búsqueda del sujeto la que determina la división de las ciencias. Las segundas, en cambio, se refieren a las individualidades. De allí la denominación, pues *ídion* es lo particular, lo individual, y *gráficas*, del verbo *graféin*, que significa gravar.

H. Rickert, por su parte, divide las ciencias en “ciencias de la naturaleza” y “ciencias histórico-sociales”. Las primeras estudian la realidad con referencia a lo general, mientras que las segundas lo hacen con referencia a lo individual.

En esta epistemología historicista, con una fuerte impronta kantiana, se enfrenta a la epistemología positivista que reduce todas las ciencias a ciencias naturales. Como por otra parte, sólo lo “científico” es racional, todo el ámbito de las ciencias histórico-sociales quedan condenadas al irracionalismo.

3.- Max Weber en su contexto

Max Weber es el gran pensador alemán de principios del siglo XX. El problema que lo obsesiona es, como señalábamos al principio, el de la falta de protagonismo de la burguesía alemana. Extraña esa revolución que se produjo sin el sujeto correspondiente, la burguesía. Max Weber se dedicará con ahinco, constancia e inteligencia a la tarea de dotar conceptualmente a la burguesía para ejercer el liderazgo.

Para ello era necesario desarrollar la ciencia económica, política y social sobre nuevas bases. Había ya un desarrollo que abrevaba en la fuente hegeliana. Se trata del marxismo, cultivado entonces por la II AIT. Era un marxismo con serias connotaciones positivistas que, por otra parte, consideraba al proletariado como la clase destinada a realizar una nueva revolución.

Para Max Weber se trataba de completar la revolución burguesa, o mejor, de dotar a la revolución burguesa del sujeto capaz de conducirla, desarrollarla, y llevar a Alemania al primer plano mundial. Varias eran las cuestiones fundamentales que se le presentaban: la cuestión de la nación que no terminaba de afirmarse con la unidad indispensable; la cuestión de la libertad, amenazada por el predominio de la razón formal y su producto burocrático y finalmente, la cuestión del liderazgo que, de un hombre debía pasar al de una clase, la clase burguesa.

Para Max Weber era necesario que la burguesía tomase en sus manos el liderazgo, pues era la única clase con sentido nacional y que ofrecía las garantías suficientes de libertad. Pero en realidad la burguesía, debido a la manera como se había realizado la unidad alemana, con el liderazgo de Bismarck, era inmadura

para ejercer el liderazgo. Menester era, pues, un proceso de educación de la misma.

Podemos, de acuerdo a esto, distinguir tres etapas en el pensamiento weberiano. La primera, dominada por el problema de la nación alemana ocupa los últimos años del siglo XIX (1889-1898). En la lección inaugural de 1895 plantea el problema con mucha claridad: "El Estado nacional y la política económica". La política económica debe subordinarse a los valores culturales y nacionales.

La desfeudalización y capitalización del campo ha hecho que los terratenientes favoreciesen la contratación de obreros polacos, con lo se comienza a amenazar la cultura alemana y se introduce un factor que amenaza la seguridad nacional. En una palabra, el interés nacional es un valor decisivo para la política económica, y esto sólo puede lograrse bajo el liderazgo de la burguesía.

La segunda etapa, transcurre en la primera década del siglo XX (1903-1913), después de varios años en los que, abrumado por las contradicciones personales y nacionales, sufre una depresión que no le permite continuar con su trabajo intelectual. El problema nacional, siempre presente, ahora cede su hegemonía al problema de la libertad.

A esta etapa pertenecen varios de sus estudios más importantes como los escritos políticos sobre la revolución rusa y el estudio clásico sobre "La ética protestante y el espíritu del capitalismo". Comienza a trabajar sobre las religiones mundiales, al mismo tiempo que lleva a cabo su monumental estudio "Economía y sociedad".

Pero de esta etapa nos interesan especialmente para este trabajo, los escritos sobre epistemología y metodología: "La 'objetividad' cognoscitiva de la ciencia social y de la política social"; "Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la

cultura”; “Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva”. Era el momento de sentar las bases epistemológicas de las ciencias que podrían orientar a la burguesía para su necesario liderazgo.

En la tercera etapa (1914-1920), naturalmente que siguen presentes los dos problemas citados, pero tiene preeminencia el referente al liderazgo. Es la etapa que Max Weber dedica, por una parte, a los escritos y a la acción política, y por otra, a los estudios sobre sociología de las grandes religiones mundiales.

4.- La ontología weberiana

Recordemos que Kant sostenía que desde fuera se transmitía a la sensibilidad un caos de sensaciones que sufrían un doble ordenamiento, en primer lugar por parte de la sensibilidad y luego, por el entendimiento. Sensibilidad y entendimiento demarcan los límites de lo cognoscible, como una isla, más allá de la cual existe el caos.

Así lo expresa Kant:

Hemos recorrido el territorio del entendimiento puro y observado atentamente cada una de sus partes; además, hemos medido el terreno y fijado el puesto que en él corresponde a cada cosa. Mas ese territorio es una isla encerrada por la naturaleza misma en límites invariables. Es el País de la Verdad (nombre encantador), rodeado de vasto y tempestuoso mar, genuina morada de la ilusión, donde bancos de niebla y hielos que pronto se derretirán fingen nuevas tierras que incesantemente engañan con vanas esperanzas al marino ansioso de descubrimientos, encadenándolo a locas empresas que nunca puede abandonar ni llevar a buen término

Max Weber circula por la misma vía que, por otra parte, ya fuera trazada por los grandes mitos fundadores que separaban el cosmos del caos. Divide la realidad, es decir, todo el ámbito humano, económico, social, político, cultural en dos grandes partes, contrapuestas:

a) El fondo sustancial, donde se encuentra el contenido de la realidad, el significado, que es infinito e irracional. Sólo desde allí puede surgir el sentido y, con él, el impulso para la vida. Menester es, por tanto, suscitar ese sentido oculto en los magmas del caos. Es la tarea de los profetas, los mistagogos y los líderes carismáticos.

b) La superficie formal, insustancial, en la que avanza un proceso de racionalización incontenible que, como una fría capa de acero nos va encerrando, ahogando toda vida. Es el reino de la razón formal que se concretiza en la burocracia. Todas las esferas de la vida sufren este proceso, la economía, la política, la religión, el arte.

Está claro que de acuerdo a esto no puede haber cosmovisión alguna en el sentido filosófico, es decir, conceptual. La realidad es completamente refractaria a todo intento cosmovisivo. Los momentos de sentido suscitados por algunos de los sujetos citados producen una cosmovisión, pero que de ninguna manera puede ser conceptual. Surge a partir de determinados valores.

5.- Ciencias de la vida natural y ciencias culturales

Los dos ámbitos epistemológicos abiertos por Kant y continuados por el historicismo y los neokantianos, se continúan en Max Weber. En efecto, éste distingue entre “ciencias de la vida cultural” y “ciencias naturales”. Las primeras se basan en

“juicios de valor”, mientras que las segundas lo hacen en “juicios de hechos”. Los juicios de hechos son cuantificables, medibles, generalizables. Se refieren a causas, mientras que los juicios de valor son únicos, originales, irrepetibles.

Los “valores” son plenamente subjetivos. Max Weber afirma tajantemente que constituyen “asunto de fe”. Se cree en ellos o no se cree. Se los capta o no se los capta. Son productos de determinadas culturas. Ello significa que la subjetividad de los valores es cultural. Es evidente su semejanza con los postulados kantianos. De hecho los valores se postulan, se afirman, no se prueban, no se demuestran.

Los valores son como focos que nos permiten ver la realidad, pero sólo la realidad seleccionada. El sujeto determina su objeto de conocimiento desde su propia valoración. El hecho histórico se constituye desde el sujeto. No existe en sí. Es un objeto construido. Toda historia se escribe desde el significado que el autor le da a los hechos. Veremos luego que, a pesar de ello, se puede llegar a una objetividad.

A primera vista parecería que la tarea de fundar las ciencias de la vida cultural, es decir, la sociología y la política es una tarea condenada al fracaso. Max Weber no se desanima. A primera vista, nos dice, parece que las ciencias de la cultura sólo podrán valerse de a priori, mientras que las naturales podrán partir de los hechos.

Ello es un error.

Efectivamente, tanto unas como otras se basan en a priori. El a priori de las ciencias naturales está constituido por las leyes generales. Sólo considera aquellos hechos que se someten a las leyes y descarta a los demás. Las leyes constituyen el prisma a través del cual el científico natural contempla la realidad.

El a priori de las ciencias culturales está dado por los valores. Éstos constituyen el prisma a través del cual se ven los objetos, de tal manera que el objeto de cono-

cimiento siempre es el *hecho significativo*, el hecho en cuanto tiene un significado. En consecuencia, se trata de un objeto construido, en el cual por una parte hay algo venido de fuera, el hecho, y por otra, algo puesto por el sujeto, el significado. Pero no se trata de una suma, sino de una construcción. No hay hecho desnudo, sino hecho valorado, hecho significativo, significación del hecho. No es la concepción de Nietzsche, retomada con fervor por filósofos posmodernos, de que no existen hechos, sólo interpretaciones, formulando, de esa manera, un perspectivismo escéptico.

La posición de Max Weber evidentemente depende de la epistemología kantiana también en este aspecto, y se acerca a la de Hegel, el cual en el objeto de conocimiento ve una relación dialéctica entre “lo puesto y lo presupuesto”. Lo “puesto” es lo que el sujeto pone, es decir, lo que interpreta, y lo “presupuesto”, lo que corresponde al objeto. Ambos son momentos de una totalidad dialéctica, que no es el caso de Max Weber.

Para Max Weber, pues, el objeto de conocimiento de las ciencias de la cultura tiene como a priori los valores. El “científico” cultural sólo ve lo que sus valores le permiten ver. Son los valores los que le seleccionan el mundo cultural a ver. Sólo le interesa lo que para él es significativo. Pero, por otra parte, se trata de “hechos”. Como no nos encontramos en una totalidad dialéctica al estilo hegeliano, se le plantea a Max Weber la necesidad de una doble causalidad, o de una ciencia doble.

6.- El capitalismo, objeto privilegiado

El objeto central de todas las ciencias culturales que a Max Weber le interesan, o sea, de la economía, la sociología, la política y, en general, la historia, es el capitalismo, cuyo sujeto es, precisamente, la burguesía. Menester es, pues, caracterizar perfectamente dicho objeto, estudiarlo detenidamente, investigar por qué se desarrolló sólo en occidente y cómo puede avanzar, pues no hay otra posibilidad, sin terminar encerrándonos a todos en la “jaula de hierro” de la burocracia.

¿En qué consiste el capitalismo? Marx trabajó durante años sobre ese objeto, legándonos una investigación que nos permite acercarnos al mismo. El capitalismo es un modo de producción o una manera de producir que consiste fundamentalmente en la liberación de la mano de obra, o, en otras palabras, en la separación del productor con relación a medios de producción que se realiza en el proceso de la acumulación primitiva.

Max Weber no está en desacuerdo con todo esto. Todo lo contrario, está de acuerdo con estos análisis, pero considera que es insuficiente. Todo lo que analiza Marx es verdadero, pero ello responde solamente al “hecho”. Le falta la “significación”, la “valoración”. El capitalismo surgió en occidente y sólo en occidente, porque sólo allí constituyó un hecho significativo.

En base a esta concepción es que realiza la investigación que luego publica como “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”. La tesis de Max Weber es que el capitalismo surgió en occidente porque allí se formó un sujeto, la burguesía, para la que ese hecho era significativo, o sea, valioso. La ética calvinista es la que formó al sujeto burgués industrial. Ascético en su vida personal, metódico en la distribución del tiempo, que invierte en la producción todas las ganancias. La pro-

fesión es la vocación racionalmente especializada. Todo ello fue posible por el desarrollo de la racionalidad formal que posibilitó el cálculo.

Una vez que analizó la formación del sujeto burgués, sin el cual hubiese sido imposible el desarrollo del capitalismo, se lanza al estudio de las religiones mundiales, pues consideraba que las religiones eran fundamentales en la significatividad o valoración de los hechos y, en consecuencia, de ese hecho cultural que es el capitalismo. Sus análisis demuestra que en otras partes, en la India y en China se dieron las mismas o parecidas condiciones que en occidente para el surgimiento del capitalismo, pero éste no logró desarrollarse. Sólo despuntes se dieron.

Si bien no es la religión la única causa de ello –para Max Weber nunca hay una única causa- sí juega un papel importante. Es una de las causas adecuadas. En China son dos las religiones que se constituyeron en obstáculos serios para el posible desarrollo del capitalismo, el confucianismo y el taoísmo.

El *confucianismo* cultivó la concepción del ser humano como un ser cuyo ideal era el justo medio, cuya virtud cardinal era la “*pietas*”, es decir, la subordinación del servidor al señor y funcionario, y cuyo medio fundamental de perfeccionamiento lo constituía la cultura literaria. El sujeto plenamente formado sería algo semejante al “*gentleman*”, es decir, el hombre que desarrolla plenamente el sentido estético, se cultiva literariamente y estudia siempre sus clásicos.

El confucianismo cultiva amorosamente las tradiciones, con exclusión de toda tentativa de racionalizar en sentido ético las creencias religiosas existentes. El racionalismo que cultiva es el racionalismo del orden que sintéticamente expresa Chen-Chi-Tung: “Mejor ser un perro y vivir en paz que ser un hombre y vivir en la anarquía”. Su ética es pacifista, intramundana y orientada por el temor a los espíritus.

El *taoísmo* es una religión intramundana contemplativa que desvaloriza la acción. La ética consiste en adaptarse al *Tao* que es la expresión del orden impersonal de este mundo que es lo único divino. Es evidente que los sujetos formados tanto por el confucianismo como por el taoísmo no eran aptos para el desarrollo del capitalismo. Éste no era para ellos un “hecho valioso”. Su visión valorativa no les permitía formar ese objeto.

En la India también nos encontramos con dos religiones que obstaculizaron el desarrollo del capitalismo, el hinduismo y el budismo. El *hinduismo* constituye el poder tradicional más fuerte que pueda darse. Cada uno nace en la casta que se merece y en ella debe desenvolverse, cumpliendo los deberes que les corresponden por pertenecer a dicha casta.

El brahamán piensa que las castas inferiores deben expiar determinados pecados, después de lo cual podrán ascender a una casta superior. El sudra, el último en la escala de las castas, piensa que si cumple con el *dharma* correspondiente, podrá renacer en una casta superior. No se puede pensar un obstáculo mayor para el desarrollo del sujeto burgués. Imposible que en el seno del hinduismo se conforme el objeto capitalista.

El *budismo* conlleva la ética más extrema de la negación del mundo, de tal manera que el *karma* o salvación se obtiene apagando todo deseo terrenal. El hombre salvado, liberado, es aquél que vive castamente, sin bienes, sin necesidad de trabajar, sin lazos familiares ni mundanos. De esa manera se llega al *nirvana* sueño sin ensueño.

De esta manera Max Weber cree haber encontrado una de las causas fundamentales de por qué el capitalismo no se pudo realizar en oriente. Allí faltó la significa-

tividad, el espíritu. Es poco decir. Las religiones se opusieron tenazmente a que ello fuera posible. Resta saber, pues, cómo comenzó el camino que culminó en el ascetismo calvinista e hizo posible que el objeto “capitalismo” se formase.

7.- Del judaísmo antiguo al calvinismo

Max Weber encuentra que las puertas que el capitalismo encontró cerradas en todo el ámbito oriental, se comenzó a abrir en el medio oriente, en el *judaísmo antiguo*. Con perspicacia descubre que el origen del pueblo hebreo es necesario buscarlo no en un centro desde el cual se expandiese hacia la periferia en un movimiento centrífugo, como lo hiciera Roma, por ejemplo, sino desde la periferia hacia el centro.

Se trataría de diversos clanes que mediante *pactos* forman una confederación que tienen como Dios a Yavé. La categoría de “pacto” –*berith*- es central para abrir la puerta al surgimiento y desarrollo de la razón que permitirá, a su vez, el desarrollo del capitalismo. Efectivamente, los pactos implicaban que había deberes jurídicos, sagrados, ético-sociales que se debían cumplir.

Es evidente que de esa manera comienza romperse la concepción mágica de las religiones primitivas y se introduce la racionalidad. El cumplimiento o incumplimiento de los pactos daba lugar a las sentencias de los jueces. Se trata de sentencias jurídicas, en las que es descartada la magia. Comienza el “derecho formulado racionalmente”. En la época de la monarquía, los profetas defienden los derechos de la confederación en contra de los abusos de la burocracia monárquica.

De manera que en el judaísmo antiguo se va dando un proceso de racionalización continua. Las intenciones de Dios se expresan en normas claras, comprensibles.

Cuando, por otra parte Israel cae bajo la dominación de los imperios orientales y pierde su base territorial, se afirma su valor ideal, con lo cual la racionalización se universaliza. Yavé posee el derecho de castigar a Israel por medio de otros pueblos.

Los sacerdotes son los autores de la segregación ritual que hace del pueblo hebreo un “pueblo paria”. Ello acontece mediante la prohibición de los matrimonios mixtos, es decir, con personas ajenas al pueblo hebreo; la ritualización de los alimentos, es decir, la prohibición de consumir alimentos impuros; la observancia estricta del sábado y de la circuncisión y, en general, de las leyes que se multiplicaron.

Con el *cristianismo primitivo* se produce el quebrantamiento de la religiosidad paria mediante la acción paulina de abrir la comensalidad –la eucaristía- a todos. La libertad que proclama Pablo abre las puertas a un universalismo internacional, con lo cual suena “la hora de la concepción burguesa de occidente”. “Sin comida común, dice Max Weber, no habría habido ni confraternidad conjurada, ni burguesía ciudadana medieval”.

Por otra parte, el cristianismo primitivo se desarrolló en las ciudades, y su carácter urbano le permitió romper la mentalidad mágica tradicional. Se rompen los tabúes entre los clanes, nace el “cargo” o función que cumple el individuo, se crea el “ayuntamiento” que es una estructura corporativa al servicio de fines objetivos. Todo ello implica un avance significativo en la racionalización que tiene como máximas realizaciones en el “derecho urbano helénico” y sobre todo en el “derecho romano”.

Cuando se instala la Iglesia Católica, se produce un freno en el proceso de racionalización, debido a dos factores fundamentales. En primer lugar, el catolicismo no tiene el concepto de *Beruf*, de vocación-profesión que será introducido por Lutero. En el concepto católico medieval, la vocación se realizaba en los conventos, fuera del mundo. La profesión queda, de esa manera, desvalorizada. Lutero, al interpretar que la vocación se realiza en la profesión, la cual, naturalmente, se realiza en el mundo y no en los conventos, confiere a la actividad mundana una fuerza que está en la base de portentosa transformación del mundo que hará la burguesía. El industrial se siente convocado a realizar su tarea. En segundo lugar, la práctica de la confesión permite una descarga psicológica que va en contra del rigorismo que exige la racionalización.

Las condiciones ideales para el desarrollo del capitalismo se darán finalmente con el *calvinismo*. Calvino, hombre ascético si los hay, acepta el dogma de la predestinación que formulara San Agustín, con todas sus consecuencias. Dios nos ha predestinado ya sea al paraíso o al infierno, desde toda la eternidad. Es lo que se conoce como el “doble decreto”. En consecuencia, nadie puede modificar su situación. Ello evidentemente se transforma en un motivo de angustias inaguantables para los verdaderos creyentes.

Los pastores se encuentran con ese problema e intentan solucionarlo. Es menester pacificar a las almas atormentadas. El decreto no se puede modificar, pero tal vez sea posible encontrar “indicios” de que uno ha sido elegido por Dios para ser salvado. Se procede a la búsqueda de tales indicios y se los encuentra en la tarea de continuar la obra de la creación comenzada por Dios.

En efecto, Dios deja incompleta su obra y le encarga al hombre la tarea de completarla. Es lo que hacen los industriales. La seguridad de la salvación que, en el catolicismo se lo daba la confesión, ahora queda a cargo del trabajo profesional. Se necesita sobre éste un “control incesante y sistemático”. Los que se salvan son los trabajadores ascetas que controlan sistemáticamente su tiempo. Planificación y metodización son requisitos indispensables.

El capitalismo se hace posible porque con el calvinismo se constituye como *hecho valioso*. Como hecho es racional, es lo más racional posible. Plena racionalización. El tiempo se mide, se controla. Implica organización industrial racional, separación de la economía doméstica e industrial y contabilidad racional. Se debe llevar un cálculo exacto sobre la base del trabajo libre. Pero ese hecho es valioso, lo más valioso, porque es el indicio de la propia salvación eterna.

8.- La objetividad de las ciencias culturales

El capitalismo se desarrolló en occidente porque sólo allí pudo constituirse como un *objeto valioso*, como un *hecho significativo*. El problema que naturalmente se plantea es que nos encontramos en plena subjetividad. La valoración es subjetiva.

Max Weber afirma que efectivamente ello es así, pero que sólo se trata del punto de partida, Necesariamente mi óptica es subjetiva, no puede ser de otro modo.

Pero ello no significa que quedaremos condenados a permanecer encerrados en nuestra subjetividad cultural, porque el punto de vista subjetivo me lo da mi cultura. En el proceso de verificación, si procedemos correctamente, obtendremos la necesaria objetividad. Los pasos son los siguientes:

- 1) La determinación del objeto de estudio que, como sabemos, es el hecho valioso o, el hecho con referencia a valores.
- 2) La definición conceptual, o construcción teórica del objeto de estudio, que también está ligada a valores como lo hemos comprobado con el objeto “capitalismo”.
- 3) El planteo del problema también ligado a valores.
- 4) La respuesta al problema consistente en una hipótesis que reúnen las condiciones que la transforman en una causa adecuada.

Aquí recién podemos salir de la subjetividad y lograr la ansiada objetividad propia de la ciencia. Se obtiene en el proceso de verificación. La hipótesis está constituida por el conjunto de condiciones necesarias para que tenga lugar el hecho significativo. Pongamos, pues, el caso que le preocupa centralmente a Max Weber: El capitalismo. ¿Cuáles son las causas que lo han hecho posible? La pregunta debe formularse en plural porque para Max Weber no hay monocausalismo. Siempre se dan múltiples causas.

Formulamos, pues, la hipótesis para el surgimiento del capitalismo, o sea, las diversas condiciones que concurrirán a formar la hipótesis. Aquí nos movemos todavía en plena subjetividad, pues, las condiciones que pensamos, las pensamos desde nuestra propia cultura. Pensamos, pues que para que haya podido surgir el capitalismo se ha requerido: Separación del productor con respecto a los medios de producción; quebrantamiento de los feudos; acumulación de capital, denominada “acumulación primitiva”; ética protestante; espíritu del capitalismo. Si alguien piensa que hay alguna otra condición, que la ponga.

Hasta ahora nos estamos moviendo en el nivel de la hipótesis o de las hipótesis. Todas esas condiciones son otras tantas hipótesis que conforman una gran hipó-

tesis, la del surgimiento del capitalismo. ¿Cómo hacemos la verificación? ¿Cómo salimos del ámbito subjetivo en el que hasta el presente nos hemos movido, y entramos al objetivo? Evidentemente no podemos hacer una verificación empírica como la que podemos realizar en las ciencias naturales.

Efectivamente, los acontecimientos de que tratan las ciencias sociales tienen lugar una sola vez, no se repiten, no se pueden traer al laboratorio. Pero se puede realizar una verificación de tipo racional, es decir, un proceso de pensamiento. La experiencia empírica se suplanta por una experiencia mental, la única disponible. A cada suposición o hipótesis le contraponemos una contra-hipótesis y verificamos si la hipótesis anterior se mantiene o no.

Por ejemplo, a la suposición de que la separación del productor con relación a los medios de producción se le contraponen la no separación y se concluye si de esa manera el capitalismo se podía haber producido o no. Si la respuesta es negativa, quiere decir que esa suposición o factor o hipótesis, queda firme; si, en cambio, la respuesta es positiva, la suposición se elimina.

De esa manera se obtiene lo que Max Weber denomina *causa adecuada*, es decir, proporcionada al objeto. Nunca se trata de una causa determinante, que no existe en las ciencias culturales. Por otro lado, puede verse claramente que se trata de una causa plural. No existe el monocausalismo. La causa siempre está conformada por una serie de factores o causas como hemos visto en el ejemplo del surgimiento del capitalismo.

La hipótesis general del surgimiento del capitalismo es un *juicio de hecho*, porque el capitalismo se ha producido, es un hecho. Las contra-hipótesis, por el contrario, son juicios de posibilidad. Es posible que el productor no se hubiera visto separa-

do de los medios de producción. Es evidente que un juicio de posibilidad lo puedo formular si tengo leyes, es decir, regularidades empíricas, que no las tengo en las ciencias culturales.

9.- Los tipos ideales

Su lugar lo ocupan los célebres *tipos ideales*. Éstos, en primer lugar, no son hipótesis, sino que señalan la orientación para formularlas. Son ahistóricos, lo que significa que no se dan en la historia, nunca se los encuentra realizados. En ese sentido puede decirse también que son utópicos.

Podríamos decir que los tipos ideales weberianos son una estilización, una idealización, una purificación en el sentido de quitar todo lo que es accesorio o accidental del fenómeno o acontecimiento a que se refiere. No se trata evidentemente de la *esencia* de la que se habla en filosofía. Por otra parte, la dicha esencia para Max Weber sería precisamente un tipo ideal.

Tomemos como ejemplo el objeto privilegiado que es el capitalismo. Lo tomamos como un objeto con rasgos claros que sólo están en nuestra cabeza. En la realidad nunca se da en estado puro, siempre está mezclado con otros objetos, pero para estudiarlo tenemos necesidad de “purificarlo”, es decir, de convertirlo en un tipo ideal.

Para Max Weber la investigación sociológica consiste en una continua formulación de tipos ideales destinados a poner un cierto orden en la realidad infinita y caótica. El capitalismo, el Estado, la ética protestante, el mago, el profeta, el sacerdote, el mistagogo, el político, el legislador, el maestro de moral, son otros tantos tipos ideales.

10.- Las ciencias de la cultura

Imposible conocer la esencia de los fenómenos, pues el fondo de los mismos es irracional, en lo cual Max Weber se muestra como un discípulo de Kant. La irracionalidad de fondo es sometida a un proceso continuo e imparable de racionalización. Es la racionalidad formal que se va concretizando en una burocracia que lo invade todo.

La *historia* es el proceso de racionalización cortado de tanto en tanto por el carisma del líder o el profeta. Encerrados en la jaula de hierro de la racionalización, sólo nos queda afrontar virilmente el destino o refugiarnos en círculos de amigos, en comunidades religiosas.

La *política* es un demoníaco juego de fuerzas en el que decide el destino. Es un intento destinado al fracaso el de una pretendida “ciencia política” que pretende conocer cuál será el resultado del juego de fuerzas.

Una *visión sistemática* de la realidad histórico-social es una empresa imposible.

La *sociología* es “una ciencia que pretende comprender, interpretándola, la acción social, para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos”.

Con claridad aparece la dicotomía que en Kant era fenómeno – noúmeno; causalidad – libertad; razón pura teórica – razón pura práctica. En la sociología weberiana: comprensión interpretativa – explicación causal.

La comprensión interpretativa se dirige a la captación del sentido mentado en la acción social. Ésta se diferencia de la conducta en cuanto que implica un sentido que la mera reacción ante un estímulo, o sea, la conducta, no hace. El sentido se

orienta a los otros. La explicación tiende a probar que el sentido interpretado coincide con el mentado, lo que se realiza mediante la prueba empírica.

Bibliografía citada

Weber, Max (1977) *Economía y sociedad*. México: FCE.

Weber, Max (1973) *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.

Weber, Max (1981) *Soziologische Grundbegriffe*. Tübingen: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck).

Kant, Immanuel (1951) *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Losada.

Kant, Immanuel (1976) *Crítica de la razón práctica*. Madrid: Espasa Calpe.ⁱ

i